

DOI: 10.22199/S07198590.2003.0008.00014

'Poéticamente, el hombre habita' Hördelin.

La Poza

Antofagasta

## ANDRÉS SABELLA: VISIÓN POÉTICA Y HABITAR COTIDIANO EN ANTOFAGASTA · Dr. José Antonio González

48 · 4

En un memorable texto, Italo Calvino ha podido plantear las posibilidades de rescate de las ciudades de otrora; esa reconstrucción que puede ser marcada por el sello de lo mítico o bien por lo onírico es tan legítima como el seguimiento de lo estrictamente histórico, como algo patente trazado y edificado desde las artes y el sentido de vida de lo común. Lo inexcusable es no aventurar el viaje hacia la edificación de la "imagen mental" de la ciudad, tanto idealizada, simbolizada y/o lo real, como se pudo aprehender en los trazos artísticos y exultante de ensoñación de Luis Abd-El Kader y determinados escritores en Antofagasta<sup>1</sup>.

Y cabe acotar que es en el plano de la convivencia y en necesaria "práctica de convivir" donde los poetas y narradores, los hombres de letras en general, encuentran las diferencias de **su** con en el de **la** ciudad de todos: son las sensaciones de rincones -en el sentido de Gaston Bachelard- las que hacen diferentes los espacios urbanos y, con mayor fuerza, la arquitectura de la vividura. Cada poeta **interpreta** legítimamente su ciudad: de esa reflexión, del que "gusta" de su ciudad, con todos sus contraluces, emerge, distintiva, **su** ciudad.

**Sabella**, gran admirador de Charles Baudelaire, seguirá la senda de **flaneur** (paseante) de su ciudad. Un aspecto que es intrínseco a la visión del poeta sobre la ciudad<sup>2</sup> Roman Jakobson referirá de la poesía como la que "nos protege contra la automatización, contra el moho que amenaza nuestra concepción del amor y del rencor, de la rebeldía y la reconciliación"<sup>3</sup>.

La ciudad no constituye un mero objeto, en el sentido clásico, separado de quien lo observa; sino, por el contrario, la interroga y más que eso interactúa y define la forma. No es algo que simplemente recoge el vaciado de las elucubraciones estéticas sino que

está pleno e inmerso en su historicidad. Desde este acercamiento, nos importa señalar cómo **Sabella** va recogiendo las percepciones de **su** ciudad. No de **la** ciudad. Y ambas están asentadas en la materialidad. Y en esta perspectiva recoge no sólo sus vivencias sino lo que significa la urbe para su entorno. ¿Cuál entorno? El que él define, voluntariamente, como el **espacio** que le prestará mayor atención y, por ende, llenará todos sus **sentidos**. "Cuando dejé, en 1932, de mirar mis piedras, de verlas a cada instante con sólo asomarme a una ventana, me sentí partido. Como hombre al que le faltara la mitad de su verdad. Cuando al retorno, en 1953, decidí quedarme para siempre -esto es, para la eternidad-, entre mis cerros, sirviéndolos y gozándolos en su dramatismo, en su varonilidad lo decidí justamente por presión geográfica: caminaba por una calle (era casi de noche) y de repente me llegó el olor del mar como hechizándome" (Subrayados míos)<sup>4</sup>

Por consiguiente, nos encontramos con una ciudad que nuestro autor sabe de su historia. No por algo, todo hijo de emigrante, se arropa y se empapa -hace "suya"- la **historia** del nuevo terruño, en este caso, la patria chica: Antofagasta. Es la manera de injertarse en la continuidad social de la comunidad que ha construido la urbe<sup>5</sup>. **Sabella** no sólo hará esto sino que legará una forma de **ver** la ciudad que responderá a su propia contemporaneidad

con la evolución de la ciudad. Una **visión** que encierra un saber de la **orientación** y, por consiguiente, situarse siempre como un "orientado" ante el espacio de su oriundez<sup>6</sup>.

Es ese estado -el "orientado"- el que le permite ordenar secuencialmente el surgimiento de su ciudad. La naturaleza y la voluntad del hombre, la impronta del tesón nacional y la construcción, en la alteración de la adversidad: "*Antofagasta creció, porfiada y riesgosa, contra el desierto, como una afirmación de vitalidad. Fue y es obra de chilenos de aventura de progreso, al margen de toda esperanza: sobre lo inhóspito, sobre las extensiones que rojean de soledad, los industriales y los obreros chilenos decidieron su obra y la realizaron, en asombro de mundo. En donde trizaba la piedra, surgió el hogar; en donde no había agua, se trajo de distancia increíble; en donde, únicamente, hablaba el viento, hablaron, luego, los hombres... Y a su orilla, el puerto de Antofagasta fue la ciudad-símbolo de lo que obtiene la voluntad humana puesta al servicio de los avances técnicos y sociales*"<sup>7</sup>.

El Antofagasta que el percibe y vive en ella está cruzada en la coyuntura histórica de demarcar dos paisajes urbanos, dos formas de estilo de vida, dos maneras de condicionantes de su hinterland: el **viejo Antofagasta**, el que todavía conserva las huellas de su heroicidad del siglo XIX, las resonancias de sus muelles de antaño, y por cuyas proximidades están las señas de la guerra del 79, los mineros salitreros, poderosos y míticos, los **clippers**, los baños públicos, las casas con miradores y las que constituyen hitos imprescindibles para el vecindario, la plaza centrípeta, gentes imbuidas en un sentimiento regionalista y el **nuevo Antofagasta**, con la pérdida de la vista marítima hegemónica, la decadencia de los muelles y de los baños públicos que rodeaban por el sur-oeste a la urbe, con la magnificencia del molo o puerto fiscal, la desaparición de los veleros y lanchones calicheros, las

nuevas construcciones de cemento, que inauguran la sólida presencia del Estado, y reemplazan a las particulares como íconos de la ciudad y gentes que ha afluido a establecerse, despojados de los bríos de defensa de la urbe, ante las carencias y la crisis que envolverá a la urbe<sup>8</sup>.

A propósito de un lugar del viejo Antofagasta, la "Casa en la Isla", apostillaría: *"Lentamente Antofagasta va perdiendo las galas de su ternura vieja. Las maderas ceden espacio al bizarro acero, al blanco cemento. Y las casitas que parecían barcos son sólo una desvaída acuarela en la memoria. La torre del castillo de Ab-Del-Kader desapareció de un duro golpe de impiedad modernista. En aquella torrecilla, con prestigios de conseja oriental, todos los niños de un no tan lejano Antofagasta, colocamos la banderola de nuestros ensueños. Hoy, mocho el castillito, llora la ausencia de esa V invertida que fue una flecha vibrante, buscando el corazón de las nubes..."*

*Y, ahora, queremos lloriquear, como cuando infantes, porque acabamos de perder el último de nuestros juguetes más queridos. En la Isla de la Caleta de los Pescadores agonizaba el primitivo faro de nuestro puerto. Recuerdo que de muchachos la oímos nombrar, sencillamente: -¡La Casa de los Polanco...!- era su apellido.*



*Resultaba, a la verdad, el único cuadro pintoresco de Antofagasta. A la Casa en la Isla destinamos soñadores no a seres de carne y hueso: destinamos a criaturas de cuentos milenarios. Poco a poco. La Casa en la isla fue quedando en ruinas. Se defendía del tiempo de la ingratitud, de los humillantes gestos que le trazaba el Hotel de Turismo"<sup>9</sup>.*

En este marco, del viejo Antofagasta, todos cuidan la ciudad. Se buscan las provisiones necesarias para mejorar la calidad de vida, no sólo en lo material, sino también en lo intangible, como fue, el verdor de sus pocas áreas de recreación. Quintas de recreo y productivas se hallan diseminadas por el espacio urbano<sup>10</sup>.

Antofagasta se despliega, en medio del desierto costero, con un intenso cromatismo: el azul de su cielo límpido no logra "atrapar" la ensoñación de los años 20 y 30 del que ofrece su mar y su bahía, contemplada desde las rocas de su costanera aleada a la Avenida Brasil, o desde las escaleras que conducen a sus muelles o al baño Maury. Es el mismo azul que se otea desde los miradores de las casas septentrionales de sus calles Adamson, Iquique, Serrano, etc., o desde la quietud de los baños del Danubio, se mira hacia el meridión de su extensión citadina<sup>11</sup>.

El poeta nos confidencia de la asociación de imágenes marinas: las gaviotas, el cielo, el mar...

*"Este canto de gaviotas  
es un relámpago ciego en mi corazón.  
Recuerdo mi infancia silenciosa,  
Cuando cruzaban el cielo del hogar"*

Nos dice en su poema "Tema de gaviotas"<sup>12</sup>. Más rotundo en el poema "El mar a mi costado", dedicado "A papá, 1923" :

*"La mañana  
iba con el buzo  
a sumergirse.  
.....  
El agua  
Estrenó, entonces,  
Su azul más puro" (MVA, 27-28).*

La ciudad se construye siguiendo una fidelidad hacia su destino planimétrico histórico y constituyendo el eco de los estilos arquitectónicos con el despliegue de sus funciones urbanas con sabidas. Y en ello la asistencia profesional de Abd-El Kader hizo que la ciudad no sólo cubriera las necesidades de sus contemporáneos, el trazado de sus avenidas anchas, sus lugares de recreación, su proyección de barrios, su delineamiento del crecimiento de la urbe, sino que fuera un espacio armónico para las generaciones futuras. Intentó hacer lo que Camillo Sitte había indicado como la eterna lucha en la ciudad: entre lo bello y lo útil<sup>15</sup>. En este razonamiento habrá que conceder que la ciudad, precisamente, por ser una construcción histórica es dinámica y

podemos leer las interrelaciones de sus habitantes con ella desde ese marco referencial temporal. Sabella apunta: *"La Plaza Colón de Antofagasta creció encima de sangre obrera. En la mañana del 14 de febrero de 1879, un fusil secreteó a los árboles un recado forestal. Y las balas, en 1906, enseñaron a sus escasos pájaros un idioma que ninguno se atrevió a repetir: 3.000 obreros en huelga se hallaron con que la mejor palabra no crepitaba en los códigos, sino que en la carabina"<sup>16</sup>.*

Y, aun así, es posible otra aproximación a la misma Plaza: *"Sin contar con el laberinto de una selva ni siquiera con un zoológico formado, los antofagastinos poseen, sin embargo, en la esquina de un paseo, al rey de los Animales, como un distintivo de su capacidad vital, de leones de la vida y de la muerte. Es, ya lo habréis sospechado, "El León de la Plaza Colón", figura heráldica detenida para el goce de nuestra infancia, fêlis feliz de "vivir" convertido en juguete... ¿Quién no se detuvo delante de este león de majestad, dejándose ganar por la tentación de pasarle tranquilamente la mano por el lomo? ¿Quién se abstuvo de meterla en sus fauces abiertas, como si intentara pronunciar un rugido maestro discurso para ser entendido, solamente, por él mismo..?"*

*"El León de la Plaza Colón" figura entre las imágenes capitales de Antofagasta, junto al rostro enigmático del "Chango" López, las barbas de don José Santos Ossa, "El Ancla", La Portada y el Reloj de los Ingleses. Desde 1910, época de su llegada este león disfruta una especie de aire mágico. Impuso un rito: el de montarle. No hay niño antofagastino que no se haya trepado, cabalgándolo, idealmente en viaje hacia su propia ilusión"<sup>17</sup>.*

Las sensaciones de las que se hace cargo Sabella tienen como motivaciones ese delineamiento damero de la urbe, donde

lo esencial de la ciudad habla de lo **marítimo**. No sólo por constituir una bahía abrigada para las naves, sino que la relación de los vecinos con los muelles es de una **proximidad cotidiana**. Las arterias principales conducen hacia los muelles o surgen desde los muelles, los hoteles alrededor de estas calles receptoras, los carruajes, el contingente de fuerza laboral existente y vinculado con las faenas del mar es el más importante de la comuna, lo cual significa que en una población citadina en torno a las 55.000 almas, según el censo de 1930, uno de cada seis trabajadores estaba laborando como estibador, lancharo, cargador, etc. A esto habrá que adicionar el rasgo de que la gente de mar constituía una constelación socio-cultural preeminente, con sus periódicos, asociaciones mutuales, sedes sociales, máxime con un espíritu solidario muy fuerte respecto a otras organizaciones similares.

Esto es lo que aprecia y retiene la retina de **Sabella**. Pero, también está la **proximidad vivencial** con el mar, por parte de **Sabella**: su casa paterna en calle Matta está penetrada de la brisa y olor marinos (consideremos esa "entrada" de mar que son los baños del Danubio, en la actualidad, la calle Condell al llegar a la Piscina Olímpica); desde su ventana mira la inmensidad de ésta, se pasea por los muelles, por los baños existentes, etc...



*"Pienso en mis amigos muertos, en mis días de niñez, correteando por la Plazoleta del Mercado; pienso en mi barrio resonante, en mi casa de Manuel Antonio Matta 327, en cuyas paredes se quedó maravillada mi infancia, cuando llamábase Angamos esta calle y los viejos, de terco acento, pronunciaban "Ángamos", golpeando la "A" primera del nombre"*<sup>18</sup>.

*"Yo vivía frente al mar y todos los ojos de mi niñez sonríen en vértigo de colores: una bandera roja y azul duerme en el fondo de mi corazón...Lo que me importaba era el mar: el mar con sus perspectivas sugestionadoras, el mar como un rebaño de canciones".* (NG,80-81)

El mar, entonces, colma el entorno urbano, porque la planificación de la ciudad lo legitima como parte de naturaleza, en el sentido de Sitte, en cuanto a constituir el espacio de una actividad productiva-comercial pero también como deleite psicológico de sus habitantes.

*"En los bares de la calle Bolívar, se nombró, por primera vez, a puertos que no se sospechaban en la majestad de los mapas..Los niños aprendimos geografía, contemplando las banderas de esos barcos".* (NG,82)

El puerto fiscal trunca el contacto "natural", abierto, de las gentes de mar con las restantes actividades, pero también el rumbo arquitectónico ya no considera "miradores"<sup>20</sup>, lo cual mutila la contemplación estética y de ensoñación a sus pobladores<sup>21</sup>.

Ajeno a esta observación, habrá que reparar en el **cosmopolitismo** de la urbe, tanto en sus gentes, sus gustos, sus monumentos, donde la colonia británica en Antofagasta era la segunda en importancia hacia 1907 en Chile. La desaparición de esta verdadera "teoría de la acción social" de la urbe y en la urbe, expre-

sada en la presencia británica, la alemana, la española, pero, también, en ideologías de todo los espectros, hablaba del acento cosmopolita de Antofagasta, abierto al mundo de los mercados calicheros, pero también de tipos chilenos, procedentes de todos los lares, del campo, de pueblos, de campamentos, de ciudades importantes, de oficios callejeros, comerciales, profesionales, también se dejó sentir en los "préstamos" cosmopolitas de la forma de encarar las viviendas, tanto arábigos como de la India<sup>22</sup>.

*"No era Antofagasta una playa con diez mil sillas para que hombres de todas partes las ocupasen...Pero, los había de bastantes patrias, los suficientes para confundirnos. Sobre todo, tratándose de gente rubia. En Antofagasta, los yugoslavos, los italianos, los franceses, los yanquis y los ingleses nos creaban un barullo infernal con su blancura, sus ojos enormes, como dos mundos de cristal azul, y el pelo dorado y crespo. Eran, simplemente, gringos: el "gringo de la esquina", "el bachicha", "el franchute", "el colorido" y "el bichicuma".*

*"Los yugoslavos y los italianos peleaban las esquinas para levantar almacenes...los griegos se enriquecían...en la masa del pan y de las vacas...los japoneses nos cortaban el pelo...una carnicería y el chino...casa sastre "cuico" encarnaba un personaje de crimen...los "tur-*

*cos" vendían la baratija y el Agua de Colonia...los españoles midieron todos los trajes "domingueros"...los ingleses jugaba tennis, sus cachimbos altaneras, sus "palos" de golf, sus perros, altos como máquinas, tan despectivos como ellos, sus jockeys y sus apellidos...eran empleados del FF.CC. de Antofagasta a Bolivia, o de potentes firmas importadoras".* (NG,91-92)

Pero, es un cosmopolitismo que también se mezcla con la conformación de los barrios residenciales, desde el centro hasta el sector de la Avenida Brasil. Todavía con un aire de frescura arquitectónica, aun cuando se sigan modelos europeos. Distintivo de ello es la ecuación Libertad personal-Electividad del sector-Propiedad privada. Distinto es, hacia fines de la década del 20, con una incidencia del Estado cada vez mayor el determinismo arquitectónico que lleva a la entrega de terrenos loteados para el surgimiento de las poblaciones obreras: la ecuación es Decisión ideológica del Estado -Demarcación del área- Propiedad privada<sup>23</sup>. Los barrios determinan las diferencias con las poblaciones. Los primeros hablan del viejo Antofagasta. Los segundos constituyen la realidad social de los cesantes de la pampa salitrera, avecindados en la urbe.

Entre ambas realidades, el hilo conductor de lo diurno y lo nocturno, era el obrero salitrero de paso por la urbe, en su bajada semanal o mensual.

La transgresión se manifiesta en la noche, y es la "pesadilla" del campamento minero hacia el "sueño" de la ciudad con urbanismo: *"Cuando la noche se cobijaba en los pliegues tenebrosos de las cortinas del salón de mi casa y mis tías se despedían de las estrellas, comenzaba para mí un período de sugestión...No había más música,*

porque el lejano mar murmuraba apenas su endiablado monólogo... Había una música... Y es la que nunca olvidó mi oído habituado a tantas voces. Y, aquí, está su encantadora memoria... Los pampinos llegaban a los burdeles de Antofagasta a divertirse, como príncipes del caliche. Al promediar la medianoche, alquilaban arrogantes "victorias" y -toldo abajo- recorrían la ciudad con sus mujeres, en un grito de amor y de locura. Atravesaban las calles... y la fanfarria de las trasnochadoras avergonzaba, sin duda, al farol solitario y a los árboles que conocían, únicamente, el lenguaje de las *nurses*" (NG,95-96). El alejamiento del rasgo cosmopolita tiene relación con el viejo Antofagasta.

**Sabella** rescata los trozos de **lugares** de su ciudad vinculándolos íntimamente a la vivencia, pero, también, su propio saber ciudadano nos hace ver la estrecha asociación de su evocación con el Antofagasta de su niñez y juventud. Y aquello tiene una clara explicación histórica: entre 1933 y 1953 no vive en la ciudad, sino en Santiago. Y esto ajusta a similares elementos de su imagen de la ciudad; esto que José Ricardo Morales denomina el "saber del extrañamiento", le permite a **Sabella** apreciar el conjunto material y psicológico de su ciudad. Lo emotivo le exige aguzar sus sentidos desde la distancia para poder percibir, oler, sentir Antofagasta. Es la diferencia que se aprecia entre las obras

*Prado y los obreros marítimos alzan la tribuna de una Universidad Popular, con el nombre y a la sombra de Anatole France*<sup>27</sup>.

Para **Sabella**, la propia ciudad "comienza a existir, literariamente, cuando Daniel Riquelme alude a los generosos "futres de Antofagasta", en **Bajo la Tienda** (1888)<sup>28</sup>. Como poeta, gusta ser vidente y pone en labios de Juan López, el primer habitante de Antofagasta, el despliegue de la urbe, pero no la urbe "objetivada" sino la urbe "subjetiva" del bardo: "El mar arrullaba la soledad. Juan López, semidesnudo, con el sol por la piel, como un poderoso reptil, miraba, fijamente, hacia distancias hechas de fatiga... Los pies tan anchos, que sugerían las bases del mito.

*Juan López sintió un ruido potentísimo. Luego, mil. No era el viento que echaba a morir todas sus hélices. No. Era un rumor desconocido. ¿Un rumor de martillos? Quizás... Juan López presentía que una sombra gigantesca nacía más allá de sus piernas. Presentía una presencia que se negaba a reconocer. Se gozaba con la intuición de un espectáculo ignorado, pero deleitoso. Y el ruido vencía al mar y parecía aproximar los cerros. El ruido se mezclaba a otros. ¿Dónde sonaba aquella bocina? López comprendía, lentamente, que su sangre acababa de erigirse en tiempo y que, un día, prolongaría sus fatigas en una sucesión de calles y*



primigenias, **Rumbo indeciso** (1930), **La Faja Colorada** (1934), ante el boceto que trae en **Norte Grande** (1944)<sup>24</sup>.

Al retorno, en 1953, habitar definitivo del escritor en Antofagasta, le permite "reparar" la imagen de antaño y la pervivencia de ésta en el presente. Y acá resuena fuerte el rescate imperativo de las "viejas" imágenes que empiezan a desdibujarse, pues los íconos y lugares han cedido paso al brío progresista. De esas imágenes ha permanecido una, inalterable, Antofagasta como **ciudad letrada**<sup>25</sup>. Y **Sabella** lo asume como algo asombroso en el contexto americano: "Cuando apenas contábamos con 6 años (Antofagasta)... apareció, su primera imprenta, en 1872, "El Caracolito", honor de progreso que no comparte, posiblemente, ninguna otra ciudad americana. Antes que la luz del alumbrado público, disfrutó Antofagasta la luz de la opinión impresa. Y en la modestia de sus páginas surgieron los escritores. Durante cien años, trataron de contar y de cantar la épica de la pampa y de acertar el rumbo de su última huella de leyenda a la ciudad. Pedimos a varios de ellos que nos evoquen "su" Antofagasta. Comenzamos con Augusto Iglesias y Salvador Reyes, cuyas carreras literarias empezaron muy jóvenes, en 1917"<sup>26</sup>. Pero, el adjetivo de letrada no es gratuito. Las primeras décadas del siglo XX refuerzan la convergencia de la cultura ilustrada de obreros e intelectuales. Los espacios de sociabilidad refieren de ese Antofagasta: "Junto a la faena individual de estos hombres de letras, debemos consignar dos esfuerzos de aliento colectivo: en la noche de los sábados, en el local de la Sociedad de Artesanos, una esforzada Extensión Cultural funciona a través de conferencias, foros y números artísticos: Galvarino Casanueva, Oscar Ordenes y el artista obrero Víctor Labra Valenzuela se esfuerzan, allí, por embriagarse las sienas y henchirlas de polémica y belleza. De otro lado, Jorge Neut Latour, Juan Ranou, Francisco

*de seres. Sabía no sobresaltarse: por esto es que, tranquilamente, dejó que aquel ruido floreciera, mientras los párpados continuaban flojos... Juan se puso de pie... dióse vuelta :su carpita temblaba. Pero, en maravillosa perspectiva, una mole monumental de luces brillaba a la distancia. Juan entendía sin análisis. El corazón se llenaba de alegría. El era el germen de algo: ¿una ciudad?, ¿un mundo?.. El suceso se borraba.*

*Con escaso abrigo, se acostó, como la más grávida de las madres. Afuera, quedaba una vibración casi humana... Juan se incorporó. Desnudo, salió de la carpa... se agitaba una delicada y extraña sensación, como si le naciese otro ser... Nunca lo sabría. Una ciudad es también una criatura; posee la ternura de un niño y la brillantez de una rosa viril". (NG,26-28)*

Lo premonitorio, brumoso, de López en su novela **Norte Grande**, adquiere mayor nitidez y concreción en el poema "Fundación de Antofagasta":

Armó una carpa  
En cuya puerta se detuvo el sol.  
Llegaba a disputar al cobre sus enigmas,  
A sembrar calles  
Y acomodar la tarde a sus ventanas.  
Aquí, la primera esquina  
Dialogaría con la luna  
Y la primera parturienta  
Sería el primer jardín de la caleta.  
Aquí, los niños  
Equivocarían el patio de sus casas,  
Jugando a los pies del horizonte.  
Un ancla saltaría a las estrellas,

Los vapores descargarían la distancia en esta rada.  
Le traerían hombres con el azar entre los dientes.  
Aquí, pianos y locomotoras  
Cruzarían la noche con sus cantos,  
La muerte y la cuchilla danzarían abrazadas<sup>29</sup> (H4R,64)

La naturaleza empieza a tomar otro rumbo; la planta humana proyecta su sino histórico: el asentamiento. La ciudad nace por un azar en la mirada poética. Como toda criatura recién parida, los sentidos hegemónicos son la vista y el oído. Es borroso el presentimiento de López como todo infante es amorfo en cuanto a su adultez.

**Sabella** hace desfilar, en esta metáfora del ruido del martillo, la sombra, la bocina, la edificación de la urbe hasta su ingreso a la modernidad, con los vehículos mecánicos con bocina de los años 20. El martillo no sólo recoge la construcción del asentamiento sino el vigor del trabajo exigido. Su poema "Plaza del Mercado", la simbología del martillo se ensancha "ideológicamente":

"-¡Bienvenido el martillo de frente pura,  
bienvenido el surco, que es la boca más clara de la  
Tierra!"(H4R,106)

**Lugares y momentos** son instancias que **Sabella** recrea, memoriza del viejo Antofagasta: 'Si la infancia es un camino, por lamía corre y corre un cochecito rojo...Era el carro dentro del que iban los borrachos del pueblo, recogidos y vencidos sacos de alegría...No cesaban de recorrer las calles esta pequeña ambulancia de los gestos destrozados..."El 137" atravesaba con sus ocupantes nuestro asombro cotidiano". (NG,114)

Los rincones de su infancia, aquellos que interpelan a su memoria, estarán unidos a sus familiares y a las cosas. La casa de su infancia acoge todas las posibilidades, desde la sublimidad de la ensoñación hasta la dura contingencia: "El hombre construye la casa del hombre: sueña sus techumbres, calculando que, allí, podrá descender la estrella y retozar la luna juguetona; mide sus paredes y las trabaja, duramente, para que la adversidad no las transpase, imagina las mejores luces para sus ventanas y piensa que una casa debe llenarse de ellas para que el mundo penetre, allá, libremente, vaciando en sus piezas los dones de su hermosura. El hombre construye la casa del hombre, porque la casa es el surco de donde nacen las cosechas del corazón, es el nido de las ideas que, luego, cruzan el ciclo de los hombres, es el reino pequeño en cuyo dominio de amor sonríe la pareja humana, asegurando a la tierra la belleza del niño que grita, uniéndose, en su alegría, a los pájaros y al mar. Por la casa, abierta y cerrada, al par, goza el hombre el privilegio de la intimidad. Arde el universo, a veces: las jaurías nos acorralan: conseguimos huirlas y hallamos el camino de nuestra casa y hacia ella corremos, buscando su amparo que, ahí, tras de su puerta, principia, de nuevo, la serenidad. Esta es su flor: la serenidad que ilumina los sentidos y nos permite descubrir raíces que ignorábamos y matices que rejuvenecen nuestras esperanzas. El hombre construye su casa, que es, luego, el lar solemne y la provincia de los hijos. La casa resume al mundo: en sus vidrios cantan soles y estrellas, en sus puertas se detienen los días, en sus patios juegan los hijos con las nubes, tomados de la mano"<sup>30</sup>.

Es en la **casa** donde **Sabella** halla los objetos que refieren de su infancia: "Hasta la enfermedad de tía Herminia nadie había reparado

en la soledad del viejo reloj de péndulo que el polvo vencía en el desván...Estaban, además, las sombrillas desteñidas que sombrearon la juventud de las tías en las ardientes mañanas en que paseaban, por la orilla del mar", en su cuento inédito Cuento del cementerio.

**Sabella** hace surgir la ciudad desde el hombre con una visión. Lo poético persigue un orden, que nuestro autor hará descender desde distintos ángulos. La imagen de la urbe para el vate es diferente en cuanto la arquitectura otorga el significado último: es el hombre y su presencia el que denota la transformación de la metáfora que le asigna a los lugares: una prostituta nos conducirá a los lugares que se designan dentro del repliegue "oficial" hacia la marginalidad. "Mi padre era dueño de una joyería...las mujeres visitaban el negocio de mi padre, como si entraran a un invernadero donde era posible escoger flores delicadísimas...Yo no gasto gran memoria para reconstruir la cotidiana clientela, no siempre extraña, puesto que en aquellos años se compraban alhajas con la periodicidad con que se adquiere cualquiera cosa indispensable...las prostitutas engalanaban sus pechos con pendentifs semejantes a pequeños barcos...Detrás del mostrador conocí a "la Vuscovich" era la "cabrona" de mayor renombre en aquella época del salitre". (NG,135-136)

Los oficios que dignifican el trabajo honrado hablan del sentido social que posee la urbe. Las calles quedan superadas por sus haceres respecto a sus propias denominaciones conmemorativas: "Yo no conocí a las heroínas del placer que llenaron de carmín el cielo de Antofagasta...No he olvidado los apodos de algunas y, particularmente, recuerdo que oí ponderar a "la pero No"...Sobresalían las francesas opulentas. Eran "las caras". En las calles Coquimbo y 14 de Febrero, temblaba la felicidad escondida. Era la bella época de los pampinos que "compraban la casa" y pagaban, rumbosamente, la autoridad del grito Resonaban números célebres que nadie ignoraba: el 330 y el 338. Bastaba pronunciarlos, para que el cochero supiera el destino de sus ocupantes". (NG,151-152)

La forma de comunicarnos la ciudad es abierta: tópica para los habituales de la misma; lo que significa que realza la localidad provinciana dentro del contexto nacional; pero, a la vez le otorga esa universalidad que puede brotar en el nacimiento de todo asentamiento humano en una sociedad de fronteras. Esta sociedad en ciernes lo recoge **Sabella**, acudiendo, precisamente, al despliegue de Antofagasta vinculado a la actividad minera: "Este es el rudo mar del Norte, el que acaricia la soledad de sus desiertos" (H4R,25), nos dice en su canto a "Los tejedores de Redes".

En su obra novelística nos plantea lo siguiente: "Existen escenas que la memoria jamás destierra, porque se hunden en ella y, allí, sus raíces ondulan, como las ataduras de un sueño terrible y presente. Para mí, también, tiene vigencia esta ley obscura. Es una escena de la pampa vieja: la de las carretas aculadas, entre blasfemias y huaycazos, a las desventuradas "vareras", para vaciar su caliche a los convoyes que lo conducirían a los "chanchos". (NG,65)

Su poema "Antofagasta", recogido en libro en 1962, armoniza el cambio de la percepción: naturaleza y civilización se conjugan como íconos de la urbe, pero también en el acento en el tratamiento de la naturaleza:

"Antofagasta principia en una huella,  
donde el sol fue la vívida simiente:

PROYECCION  
REALIZADA DE  
ANTOFAGASTA 1869

levadura de océanos y estrella

¡Oh Ciudad del reloj de los Ingleses,  
del Ancla augusta y la Portada recia,  
rotunda de metales y de peces! (H4R,77)

Así, la ciudad se asienta históricamente en el espacio. Es una construcción social, donde la naturaleza le asigna su carácter: entre la pampa y el mar. Ahí quedarán las claves de las visiones **imaginista y realista** de la urbe y su entorno. El **flaneur** que fue **Sabella** de su ciudad empleará ambas posibilidades estéticas en la construcción de la experiencia de haber **habitado** Antofagasta y proyectar, entonces, las **imágenes** de ésta, desde la perspectiva del amor inculdicable a su ciudad.

(Este trabajo forma parte del Proyecto Fondecyt N° 1020488, año 2003).

**Algunas Notas** (las notas completas se encuentran en el escrito original del Proyecto)

1. Véase, José Antonio González Pizarro, «La mirada poética a la ciudad de Antofagasta en el ciclo salitrero», Cuadernos de Arquitectura. Habitar el norte, Departamento de Arquitectura, U. Católica del Norte, N° 5, año 1995. Huelga decir el interés de la literatura por describir y examinar la ciudad. Los escritores de la generación del 38, a la que perteneció Sabella, trazaron pinceladas de Santiago y de urbes del sur. Vid. Carlos Morand, Visión de Santiago en la novela chilena, Ed. Logos, 1988.

6. José Ricardo Morales ha aseverado sobre la noción de estar "orientado", que el hombre en esa actitud "orienta a su vez la vastedad, el indiferenciado espacio "a la redonda" se transforma en una extensión remitida a determinados puntos "cardinales", articulada sobre el "gozne" que dicho término significó originalmente, dividida en "derecha" e "izquierda", respecto al orientador, y dirigida hacia los extremos polares que la traza implica...el hombre orientado adquiere talante dominador.tajante, pues los trazos remisivos que establece en la vastedad, a la par que lo dirigen hacia puntos situantes, dividen el campo espacial en "sectores". Cf. José Ricardo Morales, Arquitectónica. Sobre la idea y el sentido de la arquitectura, Universidad del BíoBío, Facultad de Arquitectura y Construcción, 1984, 177.

9. Andrés Sabella, La Casa en la Isla, El Abecé, Antofagasta, 3 de septiembre de 1953.

11. Los baños existentes venían a corresponder al concepto del balneario, como un lugar de solaz, descanso y bañarse, despojados de lo envolvente que posee la noción de playa, donde la experiencia de las olas, y su propio encanto del paisaje dulce y agreste -los roqueros- había sido una conquista, a mediados del siglo XVIII en Europa, no sólo perceptual sino de relacionarse de modo distinto con el paisaje litoral. La conjunción de playa y balneario, en Antofagasta, como un todo, recién se va a lograr con la erección del "Auto Club de Antofagasta" en la década del 20', pero fue un recinto particular; lo público se alcanzará, a comienzos de la década del 40', con los "Baños Municipales". La experiencia conllevó a los antofagastinos, liderados por José Papic, a "rescatar" un lugar en el litoral ciudadano y "hacer" la playa de "Las Almejas", por la misma época. Los miembros de la colonia británica, habían hecho famoso en la década anterior, la poza de "Los gringos", en el sector sur del Auto Club de Antofagasta. La nominación creó un lugar dentro de lo inhóspito que es todo espacio no morado. Aquellos fueron sin duda dentro del espacio del litoral lugares, en el sentido heideggeriano, que constituyeron hitos habitables para los vecinos de la ciudad de Juan López.

La relación de los antofagastinos con el mar es paradójica: es una expresión, muy de época, que dice más de una "sensibilidad" pero también la pervivencia de un sino histórico de desastres. En el registro de la memoria colectiva se hacía la diferencia entre "maremotos"-tsunamis-, que le habían afectado en el siglo XIX y "salidas de mar", que contiene una conceptualización de un avance del mar, de manera pacífica y sostenida, y un retroceso no violento pero sumamente decididor del "horror" ante la eventualidad de las olas enormes que lo arrasaban todo, como fue la experiencia en el primer lustro del década del 20'. La mar (como gustaba decir a Sabella, pues los marinos se enamoran de la mar) fue asumida, entonces, como una experiencia vital directa, gozar del mar, y "marisquear", pero, también, con un halo de romanticismo, la vocación hacia la aventura marina en los barcos, que será lo que recoja las narraciones abiertas por Salvador Reyes. Vid. Alain Corbin, El Territorio vacío. Occidente y la invención de la Playa (1750-1840), Biblioteca Mondadori, Madrid, 1993, que examina la construcción de las imágenes repulsivas en la antigüedad clásica hacia el cambio perceptual hacia 1750.

#### Imágenes

Las imágenes de Antofagasta Histórica fueron proporcionadas por José Antonio Gonzáles y Glenda Kapstein.

Dr. José Antonio Gonzáles P.  
Historiador  
Profesor Universidad Católica del Norte

